EDICIONES BISTAGNE

1 Pta

BAJO LOS TECHOS DE PARIS

SOUS LES TOITS DE PARIS

FILM SONORO Y HABLADO DE

RENÉ CLAIR

ALBERT PREJEAN

POLA ILLÉRY Y GASTON MODOT

BAJO LOS TECHOS DE PARÍS

(SOUS LES TOITS DE PARIS)

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

TIPOGRAFÍA CATALANA - VICH, 16 - TELÉFONO 75753 - BARCELONA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

Bajo los techos de París

(Sous les toits de Paris)

Film sonoro y hablado, sistema TOBIS,
de RENÉ CLAIR

Declarada por el Congreso Internacional de Berlín
como la mejor película de 1930

Es una selección FILMÓFONO

DISTRIBUÍDA POR

FEBRER Y BLAY

Pasaje de la Paz, 8

BARCELONA

*

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETES:

Albert Préjean
Polla Ylery
Gaston Modot
etcétera

Bajo los techos de París

(Sous les toits de Paris)

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

En la encrucijada del suburbio la canción resonaba como en una caja sonora.

Ello era debido a lo estrecho de la calleja, cerrada en aquel lado por las casas de un callejón transversal que partía de allí para terminar sin duda en otro recodo sin salida.

Las casas no eran muy altas. La que tenía cuatro pisos sobresalía triunfalmente de las demás. Pero estaban tan cerca de las de la acera de enfrente, que mirada la calle desde los tejados, debía de parecer una informe hendidura con más de garganta selvática que de vía pública.

Aquel barrio semejaba un laberinto de corredores y recintos del interior de una vieja y colosal casona.

Las calles, además de estrechas, eran empinadas retorcidas y las

casas no tenían precisamente ese aspecto exterior que deben de tener las que forman en Nueva York la avenida de los millonarios.

Pero como escenario para el arte de Albert y para el desenvolvimiento de su negocio era ideal.

Albert, acompañado de un viejo que tocaba el acordeón de oído, cantaba la popular canción "Sous les toits de Paris", sentimental, romántica y empapada de la tristeza de la humilde vida del suburbio.

I

Un día, a Nini,
su mamá habló así
cuando la vió hecha mujer:
—¡Con cuánta ilusión,
en nuestro rincón,
supe por ti padecer!
Mas tú, después,
con cariño y valor,
dispeste el dolor con tu amor.
Bajo un techo, en París,
ya lo has visto, Nini,
se es dichoso y se puede vivir...
Si es pequeño un desván
no te apures jamás,
que, apretándonos bien,
¡bien se está!
Cerca tú de mí
yo seré feliz...
¡Nada nunca ya
te atormentará!
Que es así, sin temor,
como vive mejor,
bajo un techo, en París,
el Amor.

II

Un conquistador,
guapo y seductor,
joven, gallardo y gentil,
su amor la juró,
y en su amor creyó,
enloquecida, Nini...
—¡Serás mi bien!
¡Será eterno mi amor!
¡Ven a mí! ¡Quiéreme! ¡Por favor!
—Bajo un techo, en París,
verás, linda Nini,
disfrutar, y gozar y vivir...
Cuando en la juventud
nos invita al placer,
ni un minuto debemos perder.
Al oírlo así,
la gentil Nini,
por decir: —¡No! ¡no!,
suspiró: ¡Sí! ¡sí!
Y así fué, vencedor,
y surgió triunfador
bajo un techo, en París,
el Amor.

III

Sin saber por qué
la dejó, y se fué
sin piedad ni compasión,
mientras sola allí
la infeliz Nini
lloró su muerta ilusión.
Mas no tardó
en volverla a buscar
y de nuevo su amor a implorar.
Bajo un techo, en París,
sonriente Nini,
escuchaba a su amante decir:

—¡Vuelve a mí, por favor!
Juntos hemos de estar,
que es mejor perdonar y olvidar.
¡Para mí has de ser
la ideal mujer!
¡Nada nunca ya
nos separará!
Y otra vez, triunfador,
se abrió igual que una flor
bajo un techo, en París,
el Amor.

Alrededor de los concertistas se había formado un coro de aficionados a la música que escuchaban con la boca abierta—signo indiscutible de que la canción les gustaba—o hacían coro con los concertistas porque a fuerza de oírla la sabían tan de memoria como Albert.

—Letra y música por un franco—decía Albert en los intermedios.

Y la mayoría de los oyentes "picaban" por impulso espontáneo. Para los indecisos Albert tenía siempre un argumento de convicción.

—Usted sin duda tiene voz de contralto, señorita, y hacen falta contraltos en el coro. Compre y cante.

La señorita—a lo mejor alguna hija de albañil que iba a buscar a su padre a la taberna—halagada porque le dijeran que tenía voz de contralto, compraba la canción, y si por una de esas "casualidades" tan frecuentes en las hijas de los albañiles, no llevaba el franco encima, Albert exclamaba entregándole los papeles:

—No importa. Otro día pagará usted, o no pagará nunca, que por un franco no vamos a ser más ricos ni más pobres.

Y después de este rasgo que solía tener una vez antes de cada concierto y con el que conquistaba los corazones de todos los presentes, volvía a abrir el fuego musical, siendo imitado en seguida por la masa coral, ahora reforzada por nuevos elementos.

Las puertas, ventanas y balcones se iban viendo llenos de vecinos, que dejaban sus quehaceres para escuchar. Algunos llevaban el compás con manos, pies o cabeza. Otros se sumaban al coro.

En todos los rostros había una expresión de contento. Unicamente algún vecino atrabiliario de alma cerrada a las emociones de la

música, lanzaba desde su ventana una mirada feroz a Albert y a los que le rodeaban y se retiraba para ocultarse en el último rincón de su vivienda, maldiciendo de que París tuviera *toits* y Titta Rufos ambulantes.

¡Pobre hombre! Nadie que tenga dos dedos de corazón dejará de conmoverse ante su tragedia. Cuando Albert y su coro terminaran no habría terminado para él el suplicio. Entonces empezaría a cantar la portera mientras, con la escoba, arrojaba el polvo del portal sobre los pies de los transeúntes. Antes de que la portera se cansara, la esposa del zapatero sabría demostrar a todo el vecindario que también sabía las cosas que pasaban "Sous les toits de Paris", y la del guardia que vivía en el tercero y la esposa del bombero que vivía en el cuarto no tendrían corazón para dejar solas a las vecinas de abajo y todas juntas formarían el coro que poco antes formaran Albert y sus clientes.

Siempre ocurría lo mismo. El vecino atrabiliario y enemigo de la música buscaría en vano el refugio donde pudiera librarse del sentimentalismo de "Sous les toits de Paris". Se iría encerrando en todas las habitaciones de la casa y de todas saldría con el mismo gesto de desesperación. Se pondría tapones de algodón en rama en los oídos, se escondería debajo de la cama, metería la cabeza entre los colchones. Y todo sería inútil. Aquella canción parecía brotar de todas partes, como si todas las cosas estuvieran empapadas de ella. E incluso cuando todo callaba, cuando llegaba la noche y todo se sumía en el silencio del reposo, el vecino atrabiliario seguía oyendo aquella canción que había quedado impresa en su cerebro como en una placa de gramófono.

"Sous les toits de Paris" no podía haber aspirado a un triunfo más completo.

Y el triunfo era compartido por Albert, el creador de la canción que de tal modo se había infiltrado en el alma popular.

II

La lluvia azotaba furiosamente las calles. Pero cuando el agua cae con violencia es señal de que pronto va a cesar y, en efecto, en seguida se convirtió en un débil lagrimeo de agonía.

Pronto las gotas se convertirían en chispas invisibles y éstas acabarían por desvanecerse como el humo. El viento barrería las nubes y otra vez el cielo sería una bóveda azul sobre la tierra.

Pero, entretanto, Albert había de permanecer inactivo bajo la marquesina en que se había refugiado.

Le acompañaba Luis, su íntimo amigo. Luis era dueño de un "almacén de modas". Así llamaba él a los cuatro palmos de terreno de que disponía en la entrada de una cochera, donde una mesa de tijera hacía las veces de mostrador y una caja substituía a la estantería. Allí vendía al público femenino "magníficos" juegos de ropa interior cuyo precio no era muy superior al de un cuarto de kilo de café y combinaciones de seda cuyos colores habrían formado fácilmente las banderas de todos los países del mundo.

Albert y Luis eran dos grandes amigos.

Dos amigos de verdad, íntimamente unidos en su alegre pobreza y su dura lucha por la vida.

Luis había cerrado ya la tienda. El crepúsculo se había echado encima prematuramente a causa de lo encapotado del cielo y "los grandes almacenes" de Luis no podían funcionar en la oscuridad por dos razones: porque la cochera se cerraba poco después de ponerse el sol y porque en aquella casa no había instalación para la luz eléctrica, de modo que la tienda no podía ser iluminada, a menos que Luis hubiera arrostrado el ridículo de alumbrarla con cirios o con candiles.

También para Albert había terminado el trabajo. Su negocio requería la luz del pleno día y especialmente la de las mañanas, que era cuando las mujeres del barrio salían a la calle a hacer sus compras y todo el mundo se movía a impulsos de sus deberes. Albert, psicólogo popular, se decía que una persona está tanto más dispuesta a distraerse escuchando una canción cuanto más numerosas y apremiantes son sus obligaciones. Es como la atracción del fruto prohibido.

Por la tarde el negocio de Albert disminuía considerablemente en intensidad y cuando la luz se ocultaba por occidente el negocio se apagaba también.

A aquella hora, las personas decentes del barrio se retiraban a sus casas en espera de la cena y de la cama, pues si se levantaban temprano justo era que se acostaran pronto también.

En cambio, las personas cuya moralidad tenía sus más y sus menos se lanzaban entonces a la calle, pero esas personas no son de las que se detienen a oír a un cantante callejero. Tienen negocios más o menos importantes que les absorben y les atraen, negocios siempre mezclados con el vicio o con la emoción del peligro, que no cambiarían por nada del mundo.

En efecto, bajo la sombra del prematuro y cerrado crepúsculo, bajo las últimas lágrimas de la lluvia, comenzaba el desfile de sombrías figuras y de extraños rostros. Todos los semblantes se parecían en un detalle: el centelleo febril

de la mirada, consecuencia de un anormal estado nervioso. Si el transeúnte era mujer, la boca aparecía como una mancha negra, color que adquiría el carmín en la oscuridad, y los movimientos de su cuerpo eran indolentes, signo de fatiga física.

Cuando los hombres las miraban no retiraban la vista sino que la fijaban en la del curioso con una desmayada osadía en la que había un reflejo de invitación. Es que aquellos ojos no sabían mirar de otro modo. La costumbre les hacía llevar siempre reflejada en ellos la oferta.

Vestían trajes de vivos colores, pero que en la oscuridad perdían toda su viveza convirtiéndose en manchurrones tenebrosos que contribuían a aumentar el aspecto siniestro de aquellos pobres muñecos del vicio.

Los hombres tenían por lo regular aire de chulos. Gorra inclinada, pañuelo al cuello, chaqueta ceñida y un andar afectado y presuntuoso.

El barrio comenzaba a vivir su vida tenebrosa y extralegal. Los protagonistas de la nocturna farsa cotidiana comenzaban a moverse en el escenario del suburbio. Las casas, irregulares y de formas diversas, levantaban la cúspide de sus chimeneas oblicuas y ruinosas hacia el cielo ceniciento del crepúsculo y parecían fantasmas de formas caprichosas dirigiéndose en desordenadas filas hacia un aquelarre orgiástico, de vicio y delincuencia...

* * *

Albert y Luis estaban muy lejos de tener estas ideas. Aquel era su ambiente y, aunque no participaran en ningún negocio de dudosa legalidad ni en ningún otro exceso, la fuerza de la costumbre les

hacía ver aquel mundo como un mundo normal.

Ellos no hacían sino explotar el modo de ser de aquellas gentes. Albert se aprovechaba del sencillo sentimentalismo popular para vender sus canciones. Luis estudiaba el gusto ingenuo de aquel humilde elemento femenino para ofrecerle ropas íntimas que reunían dos cualidades imprescindibles para el éxito: baratura y viveza de color.

Había cesado la lluvia por completo. El ambiente quedó limpio y se desvanecieron ciertos olores no del todo agradables que flotaban siempre en la atmósfera del barrio como consecuencia de las escasas condiciones higiénicas de los humildes hogares.

Sólo un grato perfume de tierra mojada se percibía.

Albert lo aspiraba a pleno pulmón.

—Da gusto poder respirar así—dijo a su amigo.

—Es verdad.

Y los dos hicieron una aspiración profunda por boca y nariz.

La consecuencia fué el quedarse mirando uno a otro con perplejidad.

Habían percibido un intenso perfume que no era precisamente de tierra mojada.

Era un perfume femenino, sensual, adormecedor.

Se volvieron instintivamente y se quedaron más estupefactos aun de lo que ya lo estaban.

Tenían ante ellos los ojos de mujer más bellos y atormentadores que vieran en su vida, la boca más graciosa que pudieran soñar, la figurilla más perfecta y tentadora que había cruzado las callejas del suburbio desde hacía muchos años.

Albert y Luis no conocían a aquella mujer.

Pero nosotros sabemos que aquella mujer era Pola.

III

La historia de Pola se ha escrito mil veces en obras literarias de toda especie y se ha dejado de escribir diez mil. Es la historia eternamente repetida en la vida de la muchacha huérfana y sin recursos que tiene, además, el enemigo de la belleza.

En estas condiciones, sólo una heroína puede sobreponerse a las mil tentaciones que le brinda el mundo y burlar los lazos que el hombre le tiende con abrumadora insistencia.

Y Pola no era una heroína, ni siquiera una mujer de talento.

Educada en un ambiente rural, en un pueblo de Rumania, su alma sencilla estaba preparada para sucumbir cuando se trasladó a París, deslumbrada por las referencias de los señoritos del pueblo, para los que conocer la famosa capital era un motivo de orgullo.

Creía que París era un paraíso donde todo el mundo podía encontrar rápidamente empleo para sus actividades y donde el problema de la lucha por la vida se solucionaba por sí solo. Mil trabajos distintos se le ofrecerían diariamente y todos tan espléndidamente pagados, que podría ahorrar para el día de mañana, después de cubrir

sus más imprescindibles necesidades.

Pero lo que más la atrajo a la capital francesa era el hecho de que hubiera allí estudios cinematográficos. Ella, como tantas otras muchachas ingenuas, había soñado ser artista de cine.

Por desgracia, su familia, aunque sencilla, estuvo en una posición que les permitía ciertos lujos, como los de asistir al cine frecuentemente. Y allí, ante la pantalla, habían comenzado sus sueños.

Llegó a París. Con la ayuda de un *gendarme* encontró un cuartucho sumamente económico en un séptimo piso de casa vieja y allí conoció a una vecina, también huérfana y joven, cuyos vestidos la deslumbraron.

Le contó que estaba de modelo en una tienda de modas donde le daban veinticinco francos diarios. También ella podía tener un puesto en la casa con sólo refinar un poco sus modales y su presentación.

La cantidad de veinticinco francos diarios hizo abrir a la pueblerina los ojos desmesuradamente y lloró de alegría cuando la simpática vecina le prometió ponerla en una semana en condiciones de presentarse a la casa a solicitar trabajo.

Pero cuando se enteró de que había de presentarse en público con las ropas más íntimas se ruborizó hasta casi echar sangre por los ojos y rechazó rotundamente la oferta de su alegre vecina.

Prefirió trabajar como doncella de servicio, entretanto llegaba la ocasión de ingresar en los estudios cinematográficos, pero, poco a poco, sin que ella misma pudiera darse cuenta, fué adaptándose a las libres costumbres de las muchachas parisienses y cuando vino a pensar en el cambio que su vida había experimentado, usaba para sus días de asueto un llamativo vestido de crespón, se ponía carmín en los labios y rimmel en los ojos, y no le horrorizaba el hecho de que el borde de su falda quedara sobre las rodillas cuando yendo en el tranvía colocaba una pierna sobre otra, ni de tener un novio estudiante que pasaba un brazo por sus hombros

cuando asistían juntos a un cinematógrafo.

Esta especie de progresiva anestesia del pudor fué en aumento hasta que no le pareció muy grande el sacrificio de entrar como modelo en la tienda de modas donde trabajaba su amiga y se decidió a afrontarlo con tal de obtener la compensación del aumento en sus ingresos y de la disminución en su trabajo.

Merced a su juventud y a la bella perfección de su figura, Pola fué aceptada sin vacilar.

Entretanto, logró que la atendieran en los estudios de una entidad cinematográfica, pero bastó una prueba para que la rechazaran definitivamente.

No tenía ninguna condición para el cine, y así se lo dijeron considerando que le hacían un bien.

La desilusión que Pola experimentó fué tremenda, pero pronto el alegre ambiente en que vivía la distrajo y la consoló.

A su alrededor abundaban los malos ejemplos, pero ella, en su inocencia, no sabía ver su maldad. Trató de seguir el camino que le señalaban algunas amigas, diciéndole que por él se llegaba a lo único bueno que había en el mundo: los placeres, la diversión, el poder saciar cualquier capricho, la abundancia de vestidos y de joyas.

Pero Pola tropezó desde el primer momento con un obstáculo para ella infranqueable. Le repugnaba profundamente tener la menor intimidad con un hombre al que no amaba, le parecía una monstruosidad. Sólo al pensar en ello sentíase sumida en un abismo de vergüenza.

Naturalmente, esta resistencia a las demandas de los hombres le proporcionó un fracaso rápido y definitivo.

Entonces se dió cuenta del conflicto que se había creado, del problema enorme que para ella iba a significar la vida.

A raíz de las primeras negativas fué despedida de la tienda de modas, y comprendió que a una mujer no le bastaba ser joven y bella, y tener ganas de trabajar para triunfar en aquel ambiente. Era preciso hacer el sacrificio completo de su juventud y de su belleza.

Hay que ejercen influencias decisivas sobre los dueños de los negocios y alguno de ellos, despechado por la negativa de Pola, se había vengado haciendo que la despidieran.

Y comenzó a conocer la crueldad de la vida en una gran ciudad como París. Le ofrecieron joyas valiosas y vestidos fastuosos. No quiso tomarlos y ahora le faltaba incluso un pedazo de pan que llevarse a la boca.

Pasó días horribles de hambre y frío. Al fin halló trabajo como modelo, pero no en una tienda de modas sino en el estudio de un pintor. Lo tuvo que dejar porque se trataba de un pobre diablo que apenas ganaba para mantenerse él y así llegó a los escenarios de Montmartre, donde, a falta de cualidades artísticas, podía exhibir los atractivos de su cuerpo. Por otra parte, para lo que se le pagaba, no podía pedírsele más.

Pero también allí se cansaron de ella. Ver siempre las mismas piernas, los mismos ojos, la misma boca, y más teniendo en cuenta que todo aquello nunca se podía conseguir, hastía pronto a los clientes.

Y se vió en la calle con algunos francos, muy pocos, que había conseguido ahorrar, por todo recurso.

Pola caviló durante algunos días sobre el rumbo que podría dar a su existencia. No se le ofrecía ninguna solución. El problema se le presentaba cada vez más oscuro.

Una tarde, desde los cristales de su ventana, vió que enfrente había un bar, el "Bar-Nabé", y se dijo que si tomaba allí un café con una tostada podía ahorrarse una cena.

Inmediatamente puso en práctica su proyecto y entró por primera vez en el "Bar-Nabé", donde conoció a Fred, el hombre que tan ligado había de estar a su vida durante unos meses.

IV

Cuando Albert y Luis percibieron su perfume y la vieron, Pola bajaba de su cuarto, perteneciente al último piso de la casa bajo cuya marquesina habían buscado refugio el cantante callejero y su amigo.

Aquél, repuesto de la impresión avanzó para decirle algo, y lo mismo hizo Luis, pero los dos recibieron por toda respuesta un gesto despreciativo y unas palabras en un idioma que no habían oído en la vida, pronunciadas las cuales, Pola se lanzó a través del arroyo.

Con un movimiento instintivo, Albert y Luis bajaron de la acera, disponiéndose a seguirla, pero se detuvieron de pronto y cruzaron una mirada de inteligencia.

Albert y Luis eran dos amigos de verdad.

Jamás se hacían la competencia.

—Ve tú solo—dijo Albert.

—No. Ve tú—dijo Luis.

—¿Te gusta?

—Mucho. ¿Y a ti?

—Una atrocidad. No es para menos.

—Entonces no tenemos más remedio que jugárnosla.

Se arrodillaron en el borde de la acera mientras Albert sacaba los dados y se los ofrecía a Luis.

Tiró Luis. Después Albert, que salió victorioso.

Todo había sido muy rápido, tanto, que Pola no había llegado aún a la acera de enfrente.

—Corre antes de que se pierda de vista—dijo Luis.

Y Albert echó a andar a paso de marcha.

Pola, en cambio, acababa de detenerse ante el "Bar-Nabé" y en el momento que Albert subía a la acera dispuesto a abordarla vió que se movía la puerta giratoria y que aparecía una persona para él conocida.

Era Fred. El conocía los antecedentes de este profesional del delito y no deseaba tener con él el menor roce.

Fred había saludado a Pola con una afectuosa sonrisa.

—¡Hola, pequeña!—dijo con cierto tonillo protector—. Entra y tomarás un café. En la cara te conozco que tienes ganas de tomar café.

Pola aceptó de buena gana. La invitación significaba que Fred pagaría. Así se pueden tomar cafés con tostada y más cuando se está en una situación tan difícil como aquella en que se encontraba Pola.

La cogió Fred del brazo y entraron los dos en el "Bar-Nabé".

En cambio, Albert se había detenido. Dudaba. Avanzó hacia la puerta giratoria y, a través de sus cristales, vió que Fred y la muchacha hablaban en tono amistoso.

Entonces retrocedió, volvió sobre sus pasos y se reunió de nuevo con Luis.

Este le miró con extrañeza.

—¿Ya estás aquí? ¿Tan pronto te ha dado calabazas?

—Ha entrado en el "Bar-Nabé" y yo no he pasado de la puerta.

—¿Por qué?

—Porque se ha encontrado con un tipo con el que no quiero ni siquiera cruzar los buenos días.

—¿Quién es? ¿Le conozco yo?

—Es conocido en todo el barrio. Su nombre es Frederik, pero se le llama Fred para abreviar.

—¡Ah! Ya sé a quién te refieres. Al terror del barrio; a ese individuo que se dice es jefe de una banda.

—Se dice y es.

—¿Qué hace la policía?

—La policía le conoce tan bien como el pan que se come, pero

Fred es lo bastante listo para andar siempre suelto. Como él no comete los delitos sino que manda cometerlos a los de su banda, éstos son los que lo pagan si les pescan.

—Pero pueden decir que han obedecido órdenes de Fred.

—No se atreven. Fred los tiene atemorizados. Le obedecen siempre ciegamente y sin rechistar. Alguna que otra vez ha tenido que vérselas con la justicia, pero siempre ha sido para muy poco tiempo. Te aseguro que sabe su oficio.

—¿Su oficio de ladrón?

—El robo es sólo uno de los ramos a que se dedica. Además, se ocupa de la trata de blancas y de la venta de estupefacientes. La última vez que estuvo encerrado fué porque le encontraron en casa unos frascos de cocaína. Pero fué sólo cuestión de unos días. En seguida pudo demostrar que un amigo le había encargado guardara aquello y que él lo guardó sin saber lo que era. Y como ese amigo—uno de los de su banda—surgió en seguida diciendo que era verdad, le encerraron a él y dejaron a Fred en libertad.

—¡Pues sí que es un pájaro de cuenta!

—¡Y tan de cuenta!

—¿Y crees que será el novio de esa muchacha?

—No he dicho tanto. Lo cierto es que está hablando con ella en un tono que demuestra cordialidad y simpatía.

—A veces una mujer simpatiza con un hombre porque no conoce a otro mejor.

—No me importa. No quiero tener el menor roce con ese individuo.

—Entonces...

—Vámonos a cenar y demos por terminada la aventura.

—Sí, empiezo a tener apetito. ¿Adónde iremos?

—Al "Ritz", como de costumbre.

El "Ritz" era el remoquete que Albert y Luis habían puesto a una taberna de tres francos el cubierto.

V

El día era magnífico, despejado. Una temperatura ideal. Ello contribuyó a hacer más lucrativo el negocio de Albert.

Se había formado un nutrido corro alrededor del cantante. El viejo del acordeón parecía más inspirado y la gente llenaba ventanas y portales. El sentimentalismo de la canción se había impuesto plenamente a la materialidad del trabajo.

De pronto, advirtió Albert algo que le desagradó sobremanera. Bill formaba parte del corro y eso significaba que alguien iba a ser muy pronto desvalijado.

Albert no tenía tratos con Bill, pero sabía qué clase de individuo era. Pertenecía al grupo regido por Fred y tenía la especialidad de los bolsos de señora. Se le veía deambular frecuentemente por los mercados, por la puerta de los cinematógrafos y, en fin, por todos los puntos donde la aglomeración de elemento femenino favorecía sus planes.

Aquel Bill tenía unas manos de oro. Si hubiera empleado de otro modo sus habilidades, habría podido ser un gran malabarista o un incomparable artífice.

Albert, sin dejar de cantar, le

dirigió una mirada de amenaza y censura. No le gustaba que molestaran a su público y mucho menos cuando la molestia era tan grave como las que Bill solía producir.

El *bolsista*—que así le llamaban, y no porque jugara a la Bolsa, sino porque desvalijaba los bolsos—comprendió lo que Albert quería decirle con aquella mirada, pero sonrió y su sonrisa fué de desobediencia y rebeldía.

Y es que Bill estaba seguro de que Albert era incapaz de delatarlo.

Albert, además de poseer un generoso corazón, estaba en deuda con él desde un día en que salió en su defensa en una batalla campal que el concertista sostuvo en un baile de baja estofa.

Bill era en el fondo un muchacho bueno y simpático. Si Albert no cultivó su amistad fué únicamente por el trabajo a que Bill se dedicaba.

Albert no le quitaba ojo y vió cómo Bill después de pasear por el corro una mirada investigadora, se acercaba a una joven que estaba en primera fila.

Albert quedó estupefacto. Aquella joven era la muchacha que días atrás viera entrar en el "Bar-Nabé". ¿Cómo no había reparado antes en ella? Consideró un tiempo perdido el que había pasado sin contemplarla y se dedicó ahora de lleno a la contemplación.

Tan absorto estaba mirando aquellos ojos oscuros, aquel cabello negro, brillante y ondulado, aquella boca fresca y húmeda como un clavel bañado por el rocío, que se equivocó varias veces en la letra y desafinó otras tantas en la música.

De pronto, volvió a la realidad al advertir que la mano de Bill se dirigía al bolso de la muchacha.

Trató de hacerle comprender con gestos que su bolso estaba en peligro, pero ella, creyendo que aquellos gestos entraban en la mímica de la canción, no hizo más que dirigirle una sonrisa que era como un aplauso.

¡Maldito Bill!

Viendo que nada lograba haciendo señas, se acercó a la muchacha y le entregó la partitura y la letra de "Sous les toits de Pa-

ris", al mismo tiempo que le decía:

—Tenga usted. Para que pueda acompañarnos.

Y, disimuladamente, dió a Bill un empujón para alejarlo de la joven.

Pero no consiguió nada. El bolso de la muchacha estaba ya abierto y el ratero no tendría más que introducir sus dedos resbaladizos para apoderarse de cualquier cosa de valor que llevara en él.

En efecto, momentos después, se alejaba Bill, muy satisfecho y sonriente.

La operación estaba realizada.

Entonces Albert, con inspiración súbita, dió por terminado el concierto.

El grupo se disolvió y Pola se fué, con el bolso colgado del brazo y sin darse cuenta de que estaba abierto.

También Bill trató de marcharse, pero Albert consiguió impedirlo.

Echó a correr tras él como una exhalación y lo cogió dentro de un portal donde había tratado de refugiarse.

—Devuélveme lo que le has quitado a esa muchacha—le dijo con tono amenazador y cogiéndole por los hombros.

—No le he quitado nada, pero aunque lo hubiera hecho comprenderás que no iba a dártelo a ti, pues mi trabajito me cuesta.

—Calla, estúpido, si no quieres que te ahogue.

Y como Bill vió que la indignación de Albert no era fingida se apresuró a repetir:

—Pero ya te he dicho que no he quitado nada a nadie.

—No mientas. Lo he visto todo perfectamente. ¡Eres un canalla! Desvalijar a una pobre muchacha que a lo mejor no tiene nada para comer.

—¡Me río yo de la pobreza de esa joven! Quien lleva un billete de cien francos en el bolso no es un pedigüeño.

—¿Ves? Acabas de delatarte. Has dicho que llevaba un billete de cien francos en el bolso. ¿Cómo podrías saberlo si no lo hubieras mirado? Y ¿para qué vas a mirar tú el interior de un bolso sino para desvalijarlo?... Oye, Bill. Yo he

visto cómo abrías el bolso de una señora gruesa antes de *operar* en el de la muchacha. Pues bien, no diré nada del asunto de la señora gruesa, pero trae acá lo que le has quitado a la muchacha.

—Conforme. Pero conste que lo hago por ti y no por la muchacha.

—Yo, en cambio, lo hago sólo por ella.

Arrebató de manos de Bill el billete de cien francos y echó a correr en persecución de Pola.

La alcanzó poco antes de que llegara a su casa.

Viendo que aun llevaba el bolso abierto, tuvo una feliz idea para devolver el dinero sin tener que dar explicaciones.

Arrojó el billete al suelo y llamó:

—¡Señorita! ¡Señorita!

Pola se volvió.

En este momento Albert se inclinó a recoger el billete y se lo entregó a la muchacha.

—Se le ha caído. Lleva usted el bolso abierto.

Pola examinó el bolso y, al comprobar que aquel billete era el suyo, lo cogió con un gesto de alegría.

—¡Oh, muchas gracias!—dijo mirando a Albert con cierta extrañeza.

Había reconocido en él al cantante callejero que hacía un momento escuchara entre un corro de gente, aquel hombre de aspecto bondadoso y simpático.

Ahora esta impresión se repetía. Había oído como Albert la llamaba "señorita", palabra que sonaba a cosa nueva en sus oídos. A ella, para llamarla, solían dirigirle calificativos entre afectuosos y despectivos, como los de "pequeña", "muchacha" y demás palabrejas del repertorio de Fred, pues Fred, al fin y al cabo, era el prototipo de los hombres que tenían tratos con ella.

Se sintió turbada ante aquel hombre, a pesar de que aquél era un sentimiento que desde hacía mucho tiempo no había experimentado, y, de pronto, llegó Fred a interrumpir aquel diálogo de miradas. Cogió a Pola del brazo, tuvo para Albert un gesto de altivo

desprecio y obligó a la muchacha a continuar su camino dejando al concertista callejero plantado.

Sin embargo, Pola se volvió para dirigir a Albert una última mirada de simpatía.

VI

—¿Quién es ese tipo?

—No es un tipo. Es un muchacho que me ha devuelto un billete de cien francos que había perdido.

—¿Que te ha devuelto un billete de cien francos? Eso me huele muy mal. ¡Mucho ojo! Algo pretende ese individuo.

Fred era sincero. A su juicio, un hombre que devolvía un billete de cien francos perdido no podía ser más que un loco, un tonto o una persona que pretendía algo y sabía muy bien que aquél era un sistema infalible para conquistarse la confianza de las personas.

Sin embargo, Fred escuchaba una especie de voz interior que le decía que Albert era mejor que él y, además, y esto era peor, había sorprendido a Pola mirándole de un modo para él desconocido, a pesar de que su amistad con Pola databa de algunos días, en tanto que al cantante callejero le acababa de conocer.

Para aclarar este extremo, preguntó:

—¿Desde cuándo conoces a ese Caruso ambulante?

—Desde ahora. Me he parado a oirle cantar. A los pocos minutos ha ocurrido la escena del billete.

¿Tenía celos Fred? No, ese sentimiento hubiera sido para él demasiado humillante. Un rey no puede sentir celos y él era rey en el ambiente en que vivía.

Además, para sentir celos, habría sido preciso que amara a Pola y el amor es un sentimiento que no tiene cabida en ciertos corazones y en ciertas conciencias.

Lo que sentía era una rabia sorda contra sí mismo y contra aquella muchacha que le manejaba como a un muñeco sin que, en pago de sus sacrificios, hubiera obtenido de ella más prueba de confianza que la de dejarse coger del brazo.

Eso era demasiado irritante para un hombre como él, que estaba ya hastiado de tratar con mujeres y de obtener de ellas toda clase de favores.

Y es que Pola era una fortaleza inexpugnable y él no quería rebajarse a dirigirle una sola súplica. El no tenía costumbre de rogar sino que ordenaba y ni por Pola ni por nadie hubiera descendido de su trono de orgullo.

A la tarde siguiente se le ocurrió ir a buscar a Pola a su cuarto y la halló llorando en su habitación.

—¿Qué es eso, pequeña?—le preguntó usando su tono habitual.

Ella le explicó la causa de su desesperación. La dueña de la casa no había querido esperar unos días para que ella le pagara el alquiler del cuarto. Había tenido que dar los últimos francos que poseía. Además, había tenido que soportar insultos horribles.

—Se ha figurado que tú eres mi amante y me ha dicho que para verme en estos apuros, más me valiera dedicarme a trabajos honrados. ¡Como si yo no los buscara! ¡Como si mi conflicto no fuera ese: el no saber, el no querer ser mala!

—¡Bah, no hagas caso a esa bruja! Te aseguro que le ha de pesar.

Pero no era eso sólo lo que afligía a Pola. Era el negro porvenir que se le presentaba, sin recursos y sin trabajo. Así se lo manifestó a Fred.

Y entonces Fred hizo lo que no había hecho nunca en la vida. Se llevó la mano a la cartera, sacó un billete de cincuenta francos y se lo entregó a Pola.

La citó en un café para cenar y salió de la habitación y de la casa.

Estaba avergonzado de lo que acababa de hacer.

¡Había entregado dinero a una mujer! ¡Y a una mujer de la que aun no había obtenido nada!

¡Qué dirían sus amigos cuando lo supieran!

Es decir, no lo sabrían nunca, porque tendría buen cuidado en no divulgarlo.

VII

Aquel día los dos, Albert y Luis, habían hecho un bonito cajón. Albert se había cansado de vender canciones. Luis, casi agotó sus existencias de combinaciones y otras ropas más íntimas para damas.

Por eso después de cenar en el "Bar-Nabé", decidieron ir a un baile, donde esperaban hallar el postre de una agradable compañía femenina.

Y allá fueron, cogidos del bra-

zo, por las calles del suburbio, estrechas, oscuras y retorcidas.

De pronto se detuvieron.

—Este es el baile que nos conviene—dijo Luis.

Y señalaba una puerta de cristales, iluminados débilmente y empañados por la suciedad y por el vaho de las respiraciones, sobre cuyo dintel se leía el significativo rótulo de l'*Oubli*.

—Es verdad—contestó Albert. Entraremos a tomar una copa. Aquí se despachan los mejores licores del barrio. Echaremos una ojeada y si no nos seduce la concurrencia pasaremos a otro palacio.

Entraron y se dirigieron derechamente al mostrador.

El dueño les sirvió lo que pidieron, y cuando Albert cogió su copa para vaciarla, se quedó un tanto sorprendido al ver que Luis miraba y sonreía hacia el fondo del salón.

Se volvió y quedó petrificado al advertir a Pola, sola en una mesa del centro de la sala.

Como también ella sonreía, Albert dedujo inmediatamente que era aquella muchacha que por tercera vez se cruzaba en su camino la que motivaba el encandilamiento de Luis.

—¿Qué haces?—preguntó a su amigo con tono de reproche.

—¡Déjame! Dos miradas más y caerá rendida en mis brazos.

—Pero ¿sabes quién es esa muchacha?

—No la conozco.

—Pues yo sí. Es la muchacha que vimos una tarde de lluvia, cuando estábamos refugiados bajo una marquesina.

Luis hizo un esfuerzo por recordar.

—¡Es verdad! — exclamó de pronto.

—Entonces, recordarás también que nos la jugamos.

—En efecto.

—Y que la gané yo.

—Eso es, la ganaste tú.

—Pues, entonces, haz el favor de marcharte y dejarme a solas con ella. Esa muchacha es ya mi amiga. La he visto entre mi público. Le he devuelto un billete que le robaron. Tengo, en fin, sobre ella derechos que tú no tienes.

—Sin embargo—replicó Luis muy razonablemente—, está bien claro que le he sido simpático. Si tuvieras, como dices, algún derecho sobre ella, habría dejado de sonreírme al verte. Sin embargo, mírala. Continúa loquita por mis huesos.

—Sin duda te sonríe porque ha visto que eres mi amigo.

—Basta de discusiones. Te propongo que nos la juguemos otra vez. El que gana se queda aquí con ella. El que pierda se va con viento fresco.

—De acuerdo.

Pidieron los dados al dueño del mostrador y tiró primero Luis, obteniendo un punto bastante bajo. Después tiró Albert y ganó.

—Está visto—dijo jactanciosamente—que esa mujer ha de ser para mí y que tú te has de quedar con tres palmos de narices. ¡Vaya, adiós!

Le tendió la mano, pero Luis no llegó a estrecharla. Miraba sorprendido hacia el lugar donde estaba sentada Pola.

Albert se volvió y dió muestras de sorprenderse más todavía.

Al lado de Pola estaba ahora Fred, el cual le hablaba como un hombre habla a una mujer que le pertenece.

Albert y Luis se miraron, se cogieron del brazo y salieron del *Oubli*.

VIII

Al llegar a la calle Albert se detuvo.

—Yo me quedo aquí.

Luis le miró recelosamente.

—¿Es que no quieres alejarte de ella? ¡Ay, Albert! Te veo muy

mal. Lo estás tomando demasiado en serio.

—Es que quiero ver si verdaderamente ese Fred tiene algún derecho sobre ella.

—Lo siento por ti, Albert, pero ya has visto que si por alguno de los dos tiene interés la muchacha es por mí.

—No he visto nada.

—Entonces eres ciego. No he visto nunca sonreír y mirar más descaradamente.

—Porque te ha visto conmigo. Esas sonrisas no eran ni siquiera la sombra de las que me dirigió a mí la última vez que la vi entre el corro que forma la gente a mi alrededor cuando canto. Estaba encantada oyéndome. Después, cuando le entregué el billete que le había caído, estaba incluso emocionada.

—Entonces se trata de una muchacha peligrosa que se enamora de todo el mundo.

—Es lamentable que los hombres no veamos en la mujer más que un objeto de amor. ¿Y si yo te dijera que no he pensado un momento que esa muchacha pueda amarme y yo amarla a ella?

—Lo creería. ¡Eres tan raro para algunas cosas!

—Pues sí. Esa muchacha atrae mi interés porque presiento que hay una amargura bajo su sonrisa seductora, porque creo ver un drama bajo la alocada farsa que está representando. Me inspira compasión esa dulce criatura y más teniendo en cuenta que está en las garras de ese canalla de Fred.

—¡Cuando yo digo que tú estás chiflado! ¿Es que vas a erigirte en protector de una persona que no conoces?

—Mira, Luis, tú no puedes comprenderme.

—A un chiflado no le comprende nadie.

—Bueno, hasta mañana.

—Pero ¿de veras vas a quedarte aquí de centinela?

—Tan cierto como que es de noche.

—Pues que te alivies. Yo me voy a otro baile donde encontrar el postre que no he encontrado aquí.

Y se fué calle arriba mientras Albert asomaba un ojo por los cristales para ver lo que ocurría en el interior del *Oubli*.

* * *

Mientras Albert y Luis hablaban, en el interior del *Oubli* se había desarrollado una escena interesante entre Pola y Fred.

Al llegar éste, la joven no supo disimular completamente su disgusto.

Evidentemente, la compañía de Luis le hubiera interesado más que la de Fred.

¿Era, pues, cierto que Pola había mirado a Luis con simpatía?

Sí. Pola había mirado a Luis con esa expresión que sólo adoptan las mujeres cuando están ante un hombre al que serían capaces de amar.

Fué ésta una mirada muy distinta a la que había dirigido a Albert cuando la llamó para devolverle su billete de cien pesetas.

En ésta hubo simpatía, gratitud, admiración ante el rasgo de honradez y admiración también ante el creador de "Sous les toits de Paris".

Pero la mirada que Luis había obtenido contenía sin duda algo que si de momento no era más profundo, podía serlo.

Y no preguntemos a Pola acerca de la causa de todo esto.

En un corazón de veinte años que no ha amado nunca, suceden cosas inexplicables.

En cuanto a Fred, había creído advertir el gesto de desagrado con que Pola le recibiera, y al ver que miraba hacia el mostrador y reconocer a Albert en uno de los dos clientes que parecían atraer las miradas de Pola, tuvo que hacer grandes esfuerzos para contenerse y no lanzar una exclamación de rabia en la que habrían figurado palabras que no contiene el diccionario.

¡Sólo faltaba que aquella mujer, después de haber logrado de él lo que no había conseguido ninguna otra, le plantara por cualquier mequetrefe!

Pero al ver que sobre la mesa estaba el bolso de Pola, tuvo una inspiración repentina.

Lo cogió, lo abrió y se apoderó de la llave, de aquella llave que abría la habitación de Pola.

IX

Había obrado tan rápidamente, que Pola no pudo evitar la sustracción.

Hubo una discusión rápida y violenta. Fred reía cínicamente. Aquella noche se cobraría todo cuanto le debía Pola y, una vez saldada la cuenta, sería ella la que

iría detrás de él a todas horas.

—Dame esa llave. ¿Para qué la quieres?

—Para nada malo, rica. Sólo deseo estar seguro de que no se la vas a dar a otro cuando salgas de aquí.

—Yo no he dado a nadie jamás la llave de mi cuarto—protestó Pola ofendida e indignada.

—Pero podrías cambiar de pronto de opinión y ya sabes ese refrán que dice: "Hombre prevenido vale por dos".

—Devuélveme la llave—insistió Pola.

Pero Fred, por toda respuesta, la cogió de una muñeca y la atrajo hacia así.

Después le pasó un brazo por los hombros.

Pola se debatía en vano entre los poderosos brazos de Fred, el cual sonreía mostrando sus blancos dientes. Y aquel gesto, más que sonrisa, parecía amenaza de lobo.

Comprendió Pola que una fuerte decisión animaba a Fred y, para explorar el terreno, insinuó:

—Esta noche me retiraré muy pronto. Me duele la cabeza.

—Precisamente esta noche necesito decirte muchas cosas y no consentiré que te separes un momento de mí.

—Ya me las dirás mañana—repuso Pola temblando de miedo.

—¿Por qué mañana y no hoy? No me gusta retrasar las cosas inútilmente. Además, no tendría paciencia para esperar, gatita mía.

Y Pola sintió que sobre su hombro la mano de Fred se crispaba ávidamente.

Se vió perdida. Comprendió que no podría librarse de las garras del monstruo. El era mucho más fuerte que ella. A aquella hora y en aquel ambiente no encontraría una sola persona que, en un momento dado, no se pusiera del lado de Fred.

Es decir, sí, podría encontrar una persona y esa persona era Albert, el cantante callejero cuyo nombre le había comunicado el mismo Fred.

Pero ¿dónde estaría Albert en aquel momento? ¿Cómo encontrar a un hombre entre los mil que a aquella hora pululaban por el su-

Era Fred.

Bill era en el fondo un muchacho bueno y simpático.

...se acercó a la muchacha y le entregó la partitura.

Albert la imitó...

...regocijándose de antemano en el festín de carne que la llave robada le iba a proporcionar...

...un vecino gruñón tuvo que salir de su piso para llamarles al orden...

Ante el juez trató igualmente Albert de hacer prevalecer la verdad...

— Lo que pasa es que eres un gallina.

burbio? ¿Y cómo intentar siquiera buscarlo cuando Fred se mostraba tan decidido a no dejarla un instante sola?

Pero a nosotros se nos ocurren otras preguntas. ¿Por qué había pensado Pola en Albert? ¿Por qué no había pensado en Luis?

La vida está llena de instintos maravillosos.

* * *

De pronto se oyó una llamada a espaldas de la pareja.

—¡Eh, Fred!

Fred no se volvió. Era un grupo de buenos amigos el que le llamaba.

Allí estaba el *Barón* rodeado de sus secuaces, entre los cuales figuraban dos damas tan llenas de pintura que era imposible verles el rostro.

Fred se levantó para saludarles, y Pola sintió por un momento el placer de la libertad.

¿Por un momento? Allí, a dos pasos, estaba la puerta. Una vez en la calle podría encontrar mil sitios donde esconderse.

Con resolución súbita, se levantó, abrió la puerta y salió.

Fué una salida tan impetuosa que casi tropezó con Albert, el cual quedó estupefacto al ver la rapidez vertiginosa con que la joven corría calle arriba.

Sin embargo, le había dirigido una mirada de sorpresa, una mirada rapidísima, antes de emprender

su rauda fuga, y pensando estaba Albert si debía seguirla o no, cuando vió que Pola se detenía en la esquina de la primera transversal y le llamaba.

Albert acudió inmediatamente.

—¿Qué le pasa?

—Voy huyendo de él. Me ha amenazado.

—Cálmese. No tema. Nada le sucederá estando conmigo. Permítame que la acompañe.

—Sí, se lo agradeceré mucho.

Echaron a andar por las callejas retorcidas y oscuras. Era más de media noche y sólo en los puntos donde había establecimientos de diversión o de placer se advertía cierta animación, consistente en risas y voces de gargantas castigadas por el alcohol y en la música y bullicio de los *dancings* al estilo del *Oubli*.

De vez en cuando se cruzaban con alguna mujer de faz embadurnada que saludaba a Albert en tono burlón:

—¡Adiós, Chevalier de barriada!

—¡Enhorabuena, Mojica!

—Tiene usted muchas amistades—apuntó Pola sin poderse contener.

—No las conozco.

—Pues ellas bien le conocen a usted.

—Se explica. Forman parte de mi público.

Fueron después un buen rato en silencio.

Ninguno de los dos sentía necesidad de hablar. Pola tenía bastante con sentirse protegida después de haberse sentido amenazada. Albert tenía a Pola a su lado. Podía mirarla a su sabor y muy de cerca. Incluso se había cogido de su brazo. ¿Qué más podía pedir?

Pasaban de la alegría y el bullicio de las callejas iluminadas por la luz que proyectaban las puertas encristaladas de los dancings y las ventanas de las casas de placer a otras bañadas por el silencio y la oscuridad. Y aquellos cambios eran como un vaivén para sus almas unidas por el bienestar y la confianza.

Cuando se dieron cuenta habían llegado frente al "Bar-Nabé".

Albert señaló la puerta de la

casa de Pola, pero ella declaró con voz agitada por el temor:

—No, no puedo entrar. No adelantaría nada. Me ha quitado la llave de la habitación.

—La dueña de la casa tendrá otra, sin duda.

—No me ha comprendido usted. La dueña de la casa tiene otra llave, pero a mí lo que me preocupa es que posea una Fred. Estaría a su merced. Vendría a sorprenderme durante el sueño. Ya le he dicho que me ha amenazado.

—Entonces...

—Es un verdadero conflicto, porque las fondas que quedan abiertas a estas horas en el barrio no son para dormir precisamente.

De pronto, Albert lanzó una exclamación:

—Estamos buscando la solución y la tenemos, como quien dice, al alcance de la mano. Venga a mi casa. No es precisamente un palacio, pero allí tendrá una cama donde dormir sin que nadie la moleste.

Y Pola, a la que llenaba de horror la posibilidad de que Fred pudiera entrar en su cuarto, no experimentó la menor inquietud ante la idea de pasar la noche bajo el mismo techo que Albert.

X

La morada del vendedor de canciones no era, como él había dicho muy bien, un palacio.

Consistía en una única habitación de techo bajo y oblicuo perteneciente al último piso de una vieja casa.

Se veía una cama cuya cabecera

estaba adosada al testero más profundo de la habitación, un armario sin luna a la derecha, y, cerca de los pies del lecho, algunas sillas que estaban muy lejos de parecerse a las que los almacenistas de muebles exhiben en los escaparates.

Una mesilla de noche, un baúl. Por las paredes, algunos cuadros consistentes en láminas arrancadas a alguna revista y pegadas sobre el yeso de los muros, yeso cuyo color no era precisamente el blanco.

Una lámpara de muy pocas bujías pero que en compensación tenía mucho polvo iluminaba débilmente el recinto.

Pola se había dejado caer en una silla, como si estuviera fatigada después de las emociones que acababa de experimentar.

Albert la contemplaba satisfecho. Se sentía orgulloso de haber servido de protector a la muchacha y de haber podido ofrecerle algo suyo, y algo que era tan íntimo como el lecho en que reposaba diariamente.

Surgieron las confidencias. ¿Cómo podrían evitarse en aquel momento tan propicio para vaciar el corazón en unos oídos comprensivos y generosos?

Pasó por los labios de Pola su pasado. Evocó los días de su infancia en el pueblo rumano. Los candores de su primera juventud, sus ingenuas ilusiones de muchacha, concentradas, al quedar huérfana, en la disparatada pretensión de ser estrella de cine.

Con esta esperanza llegó a París y comenzó para ella una vida difícil, llena de sorpresas y peligros.

No calló ningún punto de sus luchas en la urbe del Sena.

—Quiero que sepas bien con quién tratas—dijo tuteándole como era costumbre en su ambiente—. Quiero ser muy franca contigo. Es lo menos que puedo hacer con quien tantas muestras de sinceridad y de generosidad me ha dado.

—Calla, Pola. No me importa tu pasado. Yo leía en tus ojos, bajo una aparente alegría, el sufrimiento, y eso es lo que me empujó hacia ti. Yo sabía que necesitabas una noble protección.

Pero Pola continuó detallando su vida desde que llegó a París. Y Albert supo que había sido modelo de un pintor y que había hecho ostentación de sus bellezas íntimas en los escenarios de Montmartre.

Conoció a Fred al quedar sin trabajo. Fred supo distraerla de sus pesares y le pagó muchos cafés y algunas comidas. Esto, dada su situación, no era de despreciar y hubiera sido impropio de ella no agradecerlo. Dinero sólo le había dado una vez, la noche anterior, cuando la sorprendió llorando porque la dueña de la casa se le había llevado los últimos francos.

Y creyendo adivinar lo que Albert pensaba en aquel momento, añadió:

—Pero Fred no ha obtenido de mí nada de que deba avergonzarme. Ni él ni nadie me ha hecho sucumbir. Otra cosa habría sido de mí si hubiera tenido valor y carácter para lanzarme por la pendiente. Pero no lo he hecho y estoy orgullosa de mi proceder.

Conforme iba hablando, la admiración y la simpatía de Albert hacia aquella muchacha iban en aumento.

Y aquella charla—rosario de confesiones y confidencias—se prolongó durante una hora.

* * *

Llegó el momento de acostarse. Ninguno de los dos había pensado en los inconvenientes que aquella operación podía revestir.

En la estancia no había cuarto adicional alguno, ni siquiera un modesto parabán donde ocultarse.

¿Apagar la luz? Acaso hubiera

sido peor. La oscuridad es cómplice de todas las faltas y puede dar lugar a tropiezos peligrosos.

Cruzaron una mirada llena de perplejidad.

De pronto Albert encontró la solución.

—Me volveré de espaldas mientras tú te desnudas.

Y así lo hizo.

Pola comenzó a desabrochar botones y Albert oyó como las ropas resbalaban a lo largo de su cuerpo que presentía blanco, fragante y magnífico.

Digamos haciendo honor a la verdad que Albert sentía como si le tiraran de los ojos, desde el otro lado de la cama, donde se estaba desnudando Pola, pero ni por un momento pensó que pudiera sucumbir a la tentación de volverse.

Para distraerse, y al mismo tiempo para fingir una indiferencia que no sentía, comenzó a tararear una de sus antiguas creaciones y, entretanto, al otro lado de la cama iba surgiendo la blancura maravillosa de una estatua de carne.

Se deslizaron los ligas sobre las medias de seda y después se oyó el roce de éstas sobre la piel y entonces, las magníficas columnas de las piernas se mostraron en toda su tersura, desde los piececillos de niña hasta la puntilla que bordeaba la prenda más íntima de la *toilette* femenina, prenda transparente, delicada y breve como vestido de muñeca.

Es posible que Albert de haber presenciado aquel cuadro encantador hubiera sentido, más que la tentación ante la mujer, el pasmo ante tanta perfección y belleza.

Oyó por fin que crujía la cama.

—Ahora, vuélvete de espaldas tú.

No necesitaba haber hecho esta advertencia, pues Pola estaba ya de espaldas a Albert, el cual se quitó la ropa exterior rápidamente y se zambulló en el lecho.

Se había colocado tan al borde del lado opuesto al que ocupaba Pola que el menor movimiento le habría hecho caer. Pero eso no obstó para que Pola se estremeciera como si el cuerpo de Albert estuviera en contacto con el suyo, y con un movimiento rápido, tiró

de una sábana, se envolvió en ella el cuerpo y se dejó caer sobre la alfombra que había a aquel lado de la cama.

—Sube—protestó Albert—. Si crees que uno de los dos ha de dormir en el suelo, ese uno seré yo.

Y antes de que Pola tuviera tiempo de contestar, Albert estaba ya instalado en la alfombra, de modo que la cama quedaba entre los dos.

Pero Pola, contra lo que esperaba Albert, no subió al lecho, sino que tiró de una manta y de una almohada y se improvisó una cama en el suelo.

Albert la imitó y pronto al espíritu de ambos acudió el reposo del sueño.

XI

Fred había visto huir a Pola del *Oubli* cuando se acercó a saludar a sus amigos, pero no hizo nada por detenerla.

Teniendo en su poder la llave de su habitación no era fácil que Pola se librara de pagarle aquella noche lo que le debía.

Estuvo con sus amigos durante más de una hora y después se despidió con estas palabras:

—Os dejo porque antes de dor-

mir he de realizar todavía un importante trabajo.

El *Barón* movió los dedos en el aire con un ademán significativo, y Fred explicó:

—Nada de eso. No se trata de una sustracción. El asunto está relacionado con los ojos de una muchacha.

—¡Ah, vamos! Cosas de faldas.

—Pero unas faldas que están intactas todavía. Y supongo que comprenderás la metáfora.

Cruzó las calles regocijándose de antemano en el festín de carne que la llave robada le iba a proporcionar y cuando abrió la habitación de Pola y la vió vacía, se detuvo en el umbral con un movimiento de cólera tan profunda que dos llamaradas parecieron iluminar sus ojos.

Se sintió burlado. Era la primera vez que una mujer se permitía con él aquella conducta.

Pensó inmediatamente en Albert y acto seguido un plan de venganza cayó en su mente, diestra en la concepción de perversidades.

Cerró la puerta y se dirigió al "Bar-Nabé" donde estaba seguro de encontrar a Bill.

En efecto, allí estaba.

Le llamó y habló con él largamente.

* * *

A la mañana siguiente, Albert y Pola despertaron sobresaltados. En la puerta de la habitación habían resonado unos golpes estruendosos y apremiantes.

—¿Quién va?—preguntó Albert

—Abrid a la autoridad—contestó una voz campanuda.

Por encima de la cama, Pola y Albert se miraron estupefactos. ¿Habría sido Fred capaz de tenderles algún lazo, aprovechándose de su intimidad con la policía?

Albert vaciló un momento, pero en seguida cambió de actitud.

—Nada malo he hecho; nada malo me pueden hacer.

Y, pronunciadas estas razonables palabras, se levantó para abrir la puerta.

Apareció Bill riendo burlonamente.

—Buen susto te has llevado, ¿verdad?

—¿Qué demonios te trae por aquí?—preguntó Albert no de muy buen talante.

—Pues el demonio es la *poli* que me persigue y vengo a hacer una llamada a tu generoso corazón. Guárdame este maletín durante veinticuatro horas.

Albert se negó en un principio, pero Bill insistió e imploró de tal modo que el corazón de Albert acabó por ablandarse.

—Bueno, por una vez voy a ayudarte, pero que la cosa no se repita, porque te vas a llevar chasco.

Bill, emocionado, le dió las gracias y se fué. Se fué en seguida porque había percibido en la estancia un perfume muy femenino... y se había dicho que cuando en un recinto hay un hombre y una mujer, las visitas sólo sirven de molestia.

* * *

—¿Sabes que son ya las diez y media?—advirtió Albert.

Pola se mostró muy asombrada. Nunca se había despertado tan tarde. Aunque acostumbraba no acostarse antes de media noche,

opinaba que una persona que necesita trabajo y no lo tiene ha de estar en la calle a las primeras horas de la mañana.

En cuanto a Albert, tampoco acostumbraba levantarse tan tarde. Raro era el día que a las nueve y media no estaba ya junto al mercado entre un corro de mujeres que escuchaban embelesadas "Sous les toits de Paris".

Se vistieron rápidamente usando el mismo procedimiento que emplearon para desnudarse, es decir, colocándose uno de espaldas a otro y, entretanto, sostuvieron un diálogo de gran importancia para los dos.

—¿Adónde vas ahora, Pola?

—No sé.

—¿Sabes que he pensado algo acerca de tu porvenir?

—¿Qué has pensado?—preguntó Pola con viva curiosidad.

—Pues que podías acompañarme, ser mi *partenaire* en los conciertos públicos y dueña a medias de mi negocio.

—¡Oh, Albert! Eso sería admirable para mí... Pero no quiero perjudicarte. Si has de repartir tus ganancias conmigo ganarás la mitad de lo que ahora ganas.

—Al contrario. Estoy seguro de que si tú me acompañas el negocio será mucho mayor. Una voz de mujer es muy necesaria en los conciertos de canto. Además, podríamos tener un variado repertorio del que formaran parte los dúos.

Y añadió con alegre optimismo:

—Estoy seguro de que vamos a hacer una fortuna. ¿Aceptas?

—Ya lo creo, Albert. Ya te he dicho que para mí eso será muy hermoso.

Hubo una pausa y tras ella volvió Albert a hablar.

—Tengo otra idea, Pola.

—Acepto.

—¡Oh, no! No te precipites. Esta es muy diferente a la anterior... y muy delicada.

Un silencio de expectación por parte de Pola.

—Pues se trata—añadió Albert—de alejar para siempre el peligro de ese hombre del que esta noche he tenido que protegerte.

—Eso me interesa mucho. ¿Qué he de hacer?

—Pues quedarte aquí conmigo.

Y aclaró:

—Podemos seguir viviendo, si así lo quieres tú, como dos buenos camaradas. ¿Qué te parece?

Y oyó que Pola contestaba con voz confiada y firme:

—Me parece muy bien, Albert. Viviremos juntos desde hoy.

XII

Como Albert había previsto el negocio fué aquella mañana más lucrativo que de costumbre.

La aparición de Pola había constituído un éxito indiscutible. Cantaba y se ocupaba al mismo tiempo de vender los pliegos de la canción al público.

Estaban tan contentos los dos, que, a mediodía, al subir a su casa, lo hicieron tan alborozados, cantando como si estuvieran aún en la calle, que un vecino gruñón tuvo que salir de su piso para llamarles al orden.

* * *

Hasta muy avanzada la tarde no dejaron el negocio y entonces hicieron un rápido arqueo.

La alegría de Pola fué muy grande al ver que Albert se echaba al bolsillo una cantidad que doblaba a la que él había dicho que ganaba diariamente por término medio.

—Ahora—dijo Albert—debes ir a tu antigua casa a recoger tus cosas. Yo te esperaré en la nuestra porque he de comprar algunas cosillas.

Así lo hicieron y en tanto Pola se dirigía a la habitación frontera al "Bar-Nabé", Albert estuvo haciendo las compras de que había hablado.

Entró cargado de paquetes en su habitación y comenzó a desenvolverlos. De uno salió un bonito ramo de flores que colocó en un florero, de otro unas vistosas zapatillas que colocó al lado de la cama correspondiente a Pola.

El último paquete contenía una suculenta cena. Ternera, fiambre, entremeses de todas clases, quesos, mantequilla, pasteles.

Lo dispuso todo sobre la mesa. ¡Menuda alegría se iba a llevar Pola cuando regresara!

De pronto llamaron a la puerta. Fueron unos golpes apremiantes que le recordaron los que Bill había dado aquella mañana. Y también ahora dijo una voz:

—¡Abra a la autoridad!

Pero esta vez Albert no estuvo tan valiente como la primera. Ahora había en su habitación algo que podía comprometerle: el maletín que le había dado Bill a guardar.

Y por si acaso esta vez era de verdad la policía, cogió el maletín para guardarlo.

Pero ¿dónde? En vano dió varias vueltas por la habitación. No tenía dónde esconderlo. Y a todo esto, la policía o quien fuese no cesaba de repetir las llamadas, cada vez más apremiantes.

De pronto, sus ojos se fijaron en lo alto del armario ropero y, sin vacilar, arrojó allí arriba el maletín.

Después abrió y se felicitó de haber sido tan precavido, pues realmente eran agentes de la autoridad los visitantes.

Entraron dando voces y profiriendo amenazas.

Ahora esperó impasible el resultado de la visita.

Un agente miró debajo de la cama y abrió la mesilla de noche. El otro se ocupó del armario. Pero no podía abrir.

—¿Qué ha hecho usted en esta cerradura?—preguntó a Albert amenazadoramente.

—No he hecho nada, señor.

—Pues bien, si cree que eso ha de valer, está muy equivocado. Cuando una cerradura no se puede abrir, se rompe.

Y comenzó a dar tan tremendos tirones, que el maletín cayó de encima del armario.

A consecuencia del choque con el suelo se abrió y su contenido se desparramó por el parquet.

Eran objetos de plata y herramientas de las que sólo usan los profesionales del robo. Los agentes dirigieron a Albert una mirada furibunda. El estaba estupefacto. Ni siquiera se le había ocurrido examinar el contenido del maletín.

Trató de explicar la verdad, pero no se lo permitieron.

A empujones le hicieron salir de la habitación.

Y ante tan inusitada violencia después de la injustificada visita de los agentes, comprendió que en todo aquello tenía su parte Fred, Fred que le delató después de ha-

cer que Bill dejara en su casa el maletín y que sabe Dios lo que diría a los agentes para que le profesaran tan tremendo odio.

Ante el juez trató igualmente Albert de hacer prevalecer la verdad, mas en vano. En su casa se había encontrado un maletín acusador y en tanto la policía no averiguara su procedencia Albert estaría en la cárcel, pues Bill, que había sido citado a requerimiento de Albert, negó haberle encargado de la custodia de dicho maletín.

* * *

Cuando Pola se enteró de lo ocurrido en casa de Albert por unos vecinos, empalideció ante su desgracia cuando ya se creía en posesión de una vida feliz.

¿Adónde iría? ¿Quién la protegería ahora contra la maldad de Fred, que después de vengarse de Albert querría sin duda vengarse de ella?

Después de vagar por las calles sin rumbo fijo y dejando libre curso a sus pensamientos, que en vano buscaban una solución para su

vida, se encontró sin saber cómo ante la tienda—de algún modo hay que llamarla—de Luis.

Entonces comprendió que sólo allí podía estar su salvación y se acercó a él, ante todo para darle la ingrata noticia.

Luis quedó estupefacto. Habían cometido una gran injusticia con Albert. Aquello no podía ser más que un ardid de Fred, su desalmado rival.

—Sin duda. Cuando esta mañana ha venido Bill a suplicarle le guardara un maletín me he temido que iba a ocurrir algo desagradable.

—Pues hay que revolver cielo y tierra para demostrar la inocencia de Albert.

Cerró la tienda.

Al ver reflejada la amargura en el rostro de Pola trató de animarla.

—No tardará dos días en volver a estar con usted.

—Sí, pero entretanto...

Y le explicó lo que había ocurrido la noche pasada. Temía a Fred. Su habitación era ya la de Albert, pero no podría entrar en ella por haberla cerrado la policía. No tenía un céntimo, ni siquiera podría cenar aquella noche.

—Eso está solucionado. Cenará usted conmigo. En cuanto a la cama es posible que cenando encontremos una solución.

El semblante de Pola se animó. La idea de pasar una noche a la intemperie la horrorizaba.

Cenaron en un café recogido y solitario y comenzaron hablando tristemente, pero pronto el buen vino se encargó de animarles.

Al final de la cena, Luis había encontrado una solución inmejorable. Pola podía vivir en su casa mientras Albert permaneciera en la cárcel y ayudarle a vender en la "tienda de modas".

Pola aceptó encantada y una nueva vida empezó para ella.

La vivienda de Luis consistía en dos habitaciones, de modo que pudieron dormir los dos sin que sufriera el pudor de Pola.

Y fueron transcurriendo los días. Albert no salía de la cárcel y ni Pola ni Luis hacían nada por defenderle contra la injusticia de la Justicia.

Es más, cuando pronunciaban el nombre de Albert, cosa que sucedía muy pocas veces, los dos desviaban la vista como avergonzados de su proceder. Había sucedido lo inevitable. Luis era el tipo ideal de Pola. Así lo había demostrado aquella noche en que le vió por primera vez en el *Oubli*. En cuanto a Luis, también había mirado a Pola con admiración cuantas veces la viera.

¿Traicionaba Pola a Albert?

No. Ella no le había dicho nunca que le amaba, porque era lo cierto que Albert no le inspiraba esa clase de amor que conduce a la unión completa de dos seres. Lo que Pola sentía hacia Albert era un afecto fraternal, una estimación muy honda al verlo tan generoso, tan amable, tan distinto a la generalidad de los hombres que ella conocía. ¿Habría llegado con él a la completa unión de no surgir el obstáculo que los había separado? Sin duda. Para Pola, aquella vida tranquila y honrada al lado de un hombre que sabía respetarla y quererla, la había atraído con tanta fuerza como después la atrajera el amor de Luis.

Pero ¿acaso la amaba Albert con la misma clase de amor que Luis?

A ella le había parecido alguna vez advertir en sus ojos un relámpago de pasión, pero, en cambio, había obtenido de él pruebas de afecto paternal más que de novio o de esposo.

De un modo u otro, Pola y Luis se habrían querido. En los dos palpitaba el ardor de la juventud. Los dos eran agraciados, los dos habían experimentado al verse la misma impresión de que se ajustaban a sus respectivos ideales.

Había sucedido lo que tenía que suceder.

XIII

Aquel día Pola y Luis habían tenido una de esas riñas que tan frecuentemente distancian a los enamorados para volverlos a reunir en seguida.

Pero las riñas entre ellos tenían las consecuencias propias del ambiente en que vivían.

Pola se marchaba de casa para no volver hasta altas horas de la noche y Luis había de irla buscando por los bailes y otros lugares impropios de la mujer que ha de gobernar un hogar. A veces el enfadado era Luis y entonces le tocaba a Pola ir tras él después de cerrar la tienda por donde no había comparecido en todo el día.

Pero esta vez Pola tendría motivos para arrepentirse de haberse lanzado al ambiente encanallado de los establecimientos nocturnos.

* * *

Por fin la policía había sabido que el verdadero dueño del maletín era Bill y al mismo tiempo que encerraba a éste en la cárcel ponía a Albert en libertad.

Habían pasado únicamente algunos días, pero este tiempo fué suficiente para que Albert hiciera toda clase de amargas reflexiones.

¿Qué habría sido de Pola? ¿Se habría enterado Luis de lo ocurrido? ¿Por qué ni uno ni otro habían dado señales de vida en aquellas tristes jornadas de encierro?

Temía que Pola le hubiera olvidado a las pocas horas de conocer su detención.

¿Habría hallado pronto consuelo en el bullicio de los bailes, en aquella vida de libertad y capricho que fatalmente llevaba, sin beneficio ninguno para ella ya que su honradez chocaba contra todos los sistemas de lucro que aquel ambiente le ofrecía?

A lo mejor, en aquellos días de prueba la habría vencido el hambre y el dolor y ya no sería la mujer inexpugnable que él había conocido.

Hay momentos en la vida en que el alma más fuerte, debilitada por el cansancio de la larga lucha y horrorizada ante lo trágico del

futuro que se ofrece ante ella, se deja caer y rodar pendiente abajo.

Acaso fuera éste el motivo de que Pola no hubiera tenido una carta ni una visita para él en aquellos días de angustia y soledad.

En cuanto a Luis, no sabía qué pensar de su actitud inexplicable. No cabía suponer que ignorase lo sucedido. En el barrio cualquier noticia se propagaba inmediatamente y era conocida por todos.

Absorto en estos pensamientos, traspuso el umbral de la cárcel y respiró a pleno pulmón el aire libre.

Era una magnífica tarde primaveral. El sol se había ocultado ya por occidente y, a aquella hora, la paz era más profunda sobre la tierra y sobre las almas.

Con paso lento y como temeroso de enfrontarse con la comprobación de lo que sospechaba, se dirigió a la habitación que todavía era suya, pues tenía pagado todo el mes.

Al abrir, el cuadro que se ofreció a sus ojos puso hielo en sus venas y en su corazón.

Allí estaban los tallos de las flores que había colocado en el florero momentos antes de su detención. No quedaba en ellas ni un solo pétalo. Tan sólo sobre la mesa se veían algunos residuos secos y amarillentos. Allí estaban las zapatillas cubiertas por una capa de polvo. Todo tenía el sello polvoriento del abandono y el ambiente estaba enrarecido por la falta de ventilación.

Recibió una impresión tan penosa, que tuvo que marcharse en seguida a la calle.

Bien probado estaba ya que Pola consideraba roto su pacto con él. De lo contrario, hubiera vivido en aquella habitación que era ya la suya y cuidado de ella hasta que él recobrara la libertad.

¿Pero de qué habría vivido Pola entretanto?

No, no había sido de ella la culpa, sino de la fatalidad.

Se dirigió a la pequeña tienda de Luis y la encontró cerrada. No acostumbraba suspender el negocio tan temprano.

Sumido en un mar de cavilaciones estuvo vagando por las calles hasta que llegó la hora de cenar.

Entonces entró en un restaurante económico cualquiera e intentó dar algún alimento a su estómago vacío.

Pero no tenía apetito y, en vez de comer, comenzó a beber y a fumar.

XIV

Entró al azar en el primer baile que halló en el camino y se acercó al mostrador para pedir una copa de algo fuerte.

De pronto sus ojos se tropezaron con la figura de Pola.

Allí estaba, sí, y bailando con Fred.

Si Albert hubiera estado en antecedentes habría comprendido que el proceder de Pola obedecía a un impulso de despecho. Al día siguiente, Pola, una vez hechas las paces con Luis, se arrepentiría de haber bailado con aquel hombre al que tanto detestaba.

Pero Albert no sabía nada de eso y llegó a decirse, mientras volvía la espalda a la pareja, que se había equivocado al juzgar a Po-

la una muchacha de buen corazón y recta conciencia.

Estaba, si no enamorada, encaprichada de Fred como cualquier mujerzuela de esas que gustan de sentirse dominadas por el despotismo de cierta clase de hombres con poca conciencia y mucha jactancia.

Sin embargo, Pola, al verle, lanzó un grito de alegría y, sin poderse contener, se desprendió de los brazos de Fred y le dejó plantado.

—¡Albert! ¡Albert!

Albert se estremeció pero consiguió fingir una actitud indiferente.

Le dirigió una mirada fría que turbó a Pola.

—Había pensado ir a visitarte mañana—se disculpó.

El, por toda contestación, se encogió de hombros con un gesto de indiferencia.

Se acercó Fred a ellos y, cogiendo a Pola de un brazo, la apartó de Albert.

Entonces volvió él al lado del cantante callejero.

Le miró fijamente a los ojos.

Albert sostuvo impasible la mirada.

—Te recomiendo—dijo Fred—que no vuelvas a dirigir siquiera una mirada a esa mujer. Pola está aquí para bailar conmigo y no toleraré que nadie me interrumpa.

Albert, en vez de contestar, dejó a Fred plantado y, dirigiéndose a Pola, la enlazó por la cintura y comenzó a bailar con ella al compás de la estridente orquesta, que no había dejado de tocar.

Fred, iracundo, detuvo a Albert cogiéndole por un brazo.

—Ha de costarte muy caro lo que acabas de hacer—le dijo amenazadoramente.

—¿Cuándo?

—Apenas salgas de aquí.

—Pues voy a salir inmediatamente. A mí me gusta dejar los asuntos solucionados cuanto antes.

Salió Albert y esperó breves instantes a pocos pasos de la puerta.

En seguida apareció Fred, seguido de todas sus huestes, rápidamente movilizadas.

Entonces Albert echó a andar

hacia las afueras. La banda de Fred le siguió.

Se detuvo en un paraje solitario, próximo a la vía del tren.

No había allí un alma. Un gran silencio lo envolvía todo y sólo una bombilla eléctrica colgada en un poste cercano proyectaba su luz sobre el que iba a ser escenario del drama.

Inmediatamente, Albert se vió rodeado por los secuaces de Fred, y éste, en el centro del corro, se llevó la mano al bolsillo y extrajo una navaja que cerrada mediría unos quince centímetros.

La abrió con gran estrépito de muelles y esperó a que Albert se apercibiera.

Albert miró con perplejidad el arma de su adversario y extrajo la suya. Un minúsculo cortaplumas que podía haber servido para dije.

Con irónica cachaza lo colocó al lado de la gigantesca navaja de Fred y declaró:

—No hay proporción.

Entonces Fred repuso agriamente, dirigiéndose a sus hombres:

—Dadle una navaja a este mequetrefe.

Se la dieron. Albert la abrió. Era casi tan grande como la de Fred. La examinó detenidamente, colocó la yema de su índice sobre la punta del acero y declaró:

—No me conviene.

La cerró y la devolvió al que se la había entregado.

—Lo que pasa—dijo Fred—es que eres un gallina.

—No lo discuto—repuso Albert con sorna—. Pero a veces soy un gallo. Por ejemplo.

Y dando un tremendo salto se abalanzó sobre Fred.

XV

Al darse cuenta del conflicto que se había creado entre Albert y Fred, al comprender que el primero tenía la gran desventaja de enfrentarse con un hombre cuyas espaldas estaban cubiertas por toda su cuadrilla, al ver, en fin, la vida de Albert en peligro, Pola salió del baile, corriendo como una loca.

Necesitaba encontrar a alguien que pudiera acudir en defensa de Albert y su pensamiento no halló más que un nombre: Luis.

Luis era el único amigo verdadero que Albert tenía. Estaba segura de que Luis no vacilaría en correr a defenderle.

No pensó en las diferencias que la habían separado de su amante aquella mañana. Era demasiado grave la situación para recordar tales minucias de la vida íntima.

Entró en el "Bar-Nabé". Sí, allí estaba Luis.

El, al verla, adoptó una actitud indiferente que estaba muy lejos de sentir, pero Pola le dijo con tono anhelante:

—Van a matar a Albert. Se ha-

desafiado con Fred y toda la cuadrilla ha seguido al jefe.

El semblante de Luis cambió instantáneamente.

—¿Dónde están?—dijo poniéndose en pie y saliendo del bar seguido de Pola.

—No sé. Se han dirigido a las afueras, hacia la vía del tren.

Corrieron los dos. No tardaron en encontrarles. En aquel momento había comenzado la lucha entre Albert y el bandido.

—Vete al "Bar-Nabé" y espéranos allí—ordenó Luis—. Intentaré salvarlo, aunque si la lucha sigue así apostaría por Albert.

Pola obedeció y Luis, escudado en las sombras, quedó a la expectativa.

Se oía el jadeo de los dos hombres que luchaban como fieras. Una mezcla de lucha libre y boxeo en la que lo mismo la ventaja se inclinaba del lado de Albert como de la parte de su rival.

Sin embargo, Albert parecía más decidido a conquistar la victoria que Fred. Su ánimo no decaía. Sus fuerzas no se agotaban.

Siendo dueño de una moral tan magnífica no cabía pensar que sufriera una derrota.

Por eso uno de los secuaces de Fred, comprendiendo sin duda que el fin iba a ser desfavorable para su jefe, se dispuso a ayudarlo.

Pero para algo vigilaba Luis, que echó mano de su revólver, apuntó a la única bombilla que iluminaba el escenario de la lucha y la hizo añicos.

Cayó la sombra sobre los luchadores. Se oyeron los pitos de la policía y se produjo una algarabía infernal entre Fred y sus huestes, que se acometían unos a otros creyendo cada cual que luchaba con Albert o con los que habían ido a defenderle. No habían tenido tiempo de ver si los nuevos enemigos eran uno o varios.

Luis se acercó a la vía y pronunció únicamente estas palabras.

—¡Aquí, Albert!

E inmediatamente estaba Albert a su lado y corrían los dos amigos hacia el "Bar-Nabé", en tanto los agentes llegaban al campo de batalla y comenzaban a hacer prisioneros.

En el "Bar-Nabé" no estaban

más que el dueño, Pola y un cliente que en la única compañía de su vaso, se había aislado del mundo circundante.

Pola acogió a Albert con un gesto de alegría e igual gesto se advirtió en el dueño del bar, pero Luis dijo con tono apremiante:

—Inmediatamente vamos a tener aquí a la policía. Hemos de estudiar el modo de despistarla.

Entonces Albert tuvo una inspiración.

—Nos vestiremos de camareros.

Y así lo hicieron, en tanto el abstraído cliente se encogía de hombros ante aquel ruido de voces y vaciaba su vaso para volverlo a llenar.

En efecto, poco tardó en llegar la policía.

El propio Albert, que en aquel momento cruzaba el recinto con una bandeja, se encargó de contestar que allí no había entrado el hombre por quien preguntaban, y la policía se fué para seguir visitando los demás establecimientos nocturnos de la barriada.

Y el cliente sonrió como diciendo: "Estos muchachos son el mismo demonio." Pero no por eso apartó la mirada de su querido vaso.

* * *

—¡Buen chasco se han llevado!—dijo Albert alegremente—. ¿Cómo has sabido que estaba riñendo con Fred, Luis?

—Ha venido a decírmelo Pola para que fuera a defenderte.

—¿De veras has hecho eso, Pola?

—¡Claro! No iba a consentir que te asesinaran esos bandidos.

Albert se estremeció de amor y de alegría.

Se acercó a Pola, la rodeó con sus brazos y le dijo mirándola a los ojos:

—¡Mujercita mía!

Pero entonces ocurrió algo que desconcertó a Albert. Pola se desprendió de sus brazos y corrió a refugiarse en los de Luis.

Y los ojos de la amada y los del amigo le miraban con una mezcla de temor y pesadumbre.

—Pero...—balbuceó Albert.

—Amo a Pola, Albert—dijo Luis acercándose a su amigo—. Comprendo que esto es doloroso para ti, pero has de saberlo.

—También la amo yo—repuso Albert con voz empañada por la angustia.

—Lo sé, Albert.

Hubo un penoso silencio. Albert hizo acopio de energías para poder decir:

—Dejemos el asunto a los dados, como siempre. La suerte decidirá para quién ha de ser Pola.

—Acepto.

Y una vez más echaron los dados y una vez más ganó Albert.

El cantante se volvió alegremente, buscando con los ojos a Pola.

Y halló una mirada triste y empañada por el dolor, que le llegó al fondo del alma.

También Luis estaba profundamente apenado.

Se hizo un nuevo silencio, durante el cual a los ojos y al corazón de Albert se presentó toda la horrible verdad.

Luis y Pola se amaban de veras. Pola no había sentido nunca hacia él más que un afecto de hermana menor.

La providencia había querido que surgiera entre él y Pola aquella separación que había servido para que brillara la luz de la verdad.

Y entonces, Albert, haciendo heroicos esfuerzos para convertir en risa su llanto, exclamó:

—¿De verdad no os habéis dado cuenta de que todo ha sido una broma? ¿De veras habéis creído que lo que yo siento por Pola pasa de ser un afecto fraternal?

Los ojos de Luis y de Pola se iluminaron y se fijaron en Albert con una expresión de duda. ¿Podrían creer en la certeza de aquella inmensa felicidad que Albert les ofrecía con sus palabras?

Y el propio Albert tuvo que empujar a Luis a los brazos de Pola.

* * *

Al mismo día siguiente Albert salió de París.

La excusa era que quería explotar su canción por provincias.

Pero era lo cierto que Albert quería llorar lejos de Pola la amargura de su desencanto.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA
Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.
BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nanuk, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia.—Zaza.—¡Adiós, juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El séptimo Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Mariposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano.—La Tierra de todos.—Tripoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Aguilas triunfantes.—El Sargento Malacara.—El Capitán Sorrell.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Bailarina de la Opera.—Ben Alí.—Los Cuatro Diablos.—¡Ríe, payaso, ríe!—Volga, Volga.—La Sinfonía Pastoral.—Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!...—La ruta de Singapore.—La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina la Holandesita.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los cosacos.—Icaros.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Vírgenes modernas.—El Pagano de Tahití.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La senda del 52.—Espejismos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egoismo.—La Máscara del Diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Posesión.—Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Cerro.—Las dos huérfanas.—La Canción de la Estepa.—El precio de un beso.—La rapsodia del recuerdo.—Delikatessen.—Del mismo barro.—Estrellados.—Cuatro de Infantería.—Olimpia.—Monsieur Sans Gêne.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladrón de amor.—Molly (La gran parada).—El valiente.—¡De frente... marchen!—Prim.—El presidio.—Romance.—El gran charco.—Tempestad.—El Dios del Mar.—Anne Christie.—Sevilla de mis amores.—Huracanes nuevos.—La incorregible.—El malo.—El pavo real

que han constituído otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

WU-LI-CHANG

por Ernesto Vilches, Angelita Benitez, José Crespo, etc.

En preparación:

MONTECARLO

por Jeannette Mac Donald

*

Camino del infierno

por Juan Torena

¡Siempre lo mejor!

Números publicados de gran éxito:

EL PRECIO DE UN BESO

por José Mojica y Mona María

(8 ediciones)

DEL MISMO BARRO

por Mona María y Juan Torena

(5 ediciones)

LADRÓN DE AMOR

por José Mojica y Mona María

(4 ediciones)

EL VALIENTE

por Juan Torena

(2 ediciones)

EL PRESIDIO

por José Crespo

(2 ediciones, agotándose ya la segunda edición)

EL GRAN CHARCO

por Maurice Chevalier y Claudette Colbert

TEMPESTAD

por John Barrymore y Camila Horn

EL DIOS DEL MAR

por Ramón Pereda y Roslia Moreno

ANNE CHRISTIE

por Greta Garbo

SEVILLA DE MIS AMORES

por Conchita Montenegro y Ramón Novarro

(3 ediciones)

HORIZONTES NUEVOS

por Carmen Guerrero y Jorge Lewis

BEN-HUR

por Ramón Novarro y May Mac Avoy

LA INCORREGIBLE

por Enriqueta Serrano y Tony D'Algy

EL MALO

por Dolores del Río y Edmund Lowe

EL PAVO REAL

por la genial «estrella» Mac Murray

Exito indiscutible de las **Biografías** y **colección de 6 postales** de

José Mojica
Maurice Chevalier
Greta Garbo
Ramón Novarro
Charlie Chaplin
CHARLOT
y
JEANNETTE MAC DONALD

Numerosas fotografías - Curiosas anécdotas

Postal-regalo. Lujosa portada

Precio: 50 céntimos

y la **colección de 6 postales** de

JUAN TORENA

Véalas y no dejará de adquirirlas.

Precio: 30 céntimos

Las mejores novelas de cine son:

La Novela Semanal Cinematográfica Moderna

Los Grandes Films Mudos y Sonoros

(nueva publicación que substituye a Los Grandes Films de La Novela Semanal Cinematográfica)

La Novela Cinematográfica del Hogar

y las selectas Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

Precio: UNA peseta